

## Las conquistas españolas, 1492-1580

### América en la «era del Descubrimiento»

Los cien años comprendidos entre 1450 y 1550 constituyeron una «era de descubrimientos» sin precedentes en la historia del mundo. Aquel fue el dramático momento en el que, según J. H. Parry, la civilización europea comenzó «a pensar en el mundo como un todo y en todos los océanos como un solo océano». En teoría, otras civilizaciones podrían haber puesto en marcha este cambio histórico decisivo. En una serie de expediciones de gran alcance realizada entre 1405 y 1433, el gran almirante chino Cheng Ho condujo impresionantes flotas de grandes juncos —en aquellos momentos los mayores y mejores navíos del mundo— en expediciones de reconocimiento a lugares tan alejados de China como Adén y el golfo Pérsico. Esas impresionantes incursiones chinas se vieron bruscamente interrumpidas cuando comenzó a reinar la dinastía Ming. En caso de haber continuado, la historia moderna hubiera sido muy distinta. Lo que ocurrió, de hecho, fue que la iniciativa así abandonada en Oriente fue tomada por Occidente, por los nacientes estados aparecidos en la costa atlántica de Europa, especialmente Portugal (la auténtica nación pionera en este campo) y España. Estos dos países fueron los primeros en sacar partido de las grandes innovaciones en el diseño de los barcos y en la navegación producidas a finales del Medievo, que posibilitaron los viajes transoceánicos. Su búsqueda de nuevos comercios, nuevos territorios y nuevos conversos al cristianismo inauguró un asombroso período de exploraciones marítimas y (como consecuencia de éstas) de imperialismo. Se mire como se mire, fue uno de los grandes momentos decisivos de la historia. Y sus consecuencias se dejan sentir todavía en todo el mundo.

Tres grandes hazañas marítimas marcaron esta era de descubrimientos. En 1492-93, y apoyado por la Corona española, el marino genovés Cristóbal Colón (1451-1506) condujo una expedición de tres carabelas a través del Atlántico hasta llegar a las islas más occidentales del entonces desconocido continente americano. En 1497-99 el almirante portugués Vasco de Gama (1460-1524), en una expedición técnicamente más audaz, llegó hasta la India rodeando el extremo meridional de África, lo que representó la culminación de un esfuerzo nacional portugués que había durado más de ochenta años y que había estado asociado en sus primeras fases con la figura de Enrique el Navegante (1394-1460) [en el puerto de Lisboa se encuentra actualmente un impresionante monumento dedicado a su memoria]. Dos



Reproducción de la carabela Santa María en el puerto de Barcelona.

décadas más tarde, en 1519-22, la notable expedición realizada por Fernando de Magallanes dio por primera vez la vuelta al mundo en barco. Sin embargo, Magallanes (1480-1521), súbdito portugués a las órdenes de España, no logró sobrevivir a este espectacular viaje; fue asesinado en el camino, en las islas Filipinas. Así pues, el honor de llegar a ser el primer navegante en dar la vuelta al mundo le correspondió al vasco Juan Sebastián Elcano (1486-1526), quien guió los restos de la expedición de Magallanes de vuelta a España.

Colón no fue el primer europeo en poner el pie en el hemisferio occidental, pues hacia el año 1000 se le adelantaron los intrépidos marineros escandinavos; sin embargo, y desde el punto de vista europeo, fue el auténtico descubridor de América. Las expediciones nórdicas no dejaron ningún rastro en la historia; los escandinavos carecían de los recursos y habitantes necesarios como para fundar colonias duraderas. Salvo quizás en Escandinavia, en el siglo XV se había olvidado ya esta expedición. Por el contrario, de la primera expedición de Cristóbal Colón, la realizada en 1492-93, se derivaron consecuencias enormes y duraderas. El propio Colón, «Almirante de la Mar Océana» como le llamaron los españoles, llevó a cabo cuatro expediciones en total. Durante la tercera y la cuarta (1498-1500, 1502-4), exploró parte de las costas de América Central y del Sur. Otros navegantes, incluyendo el florentino Américo Ves-

pucio (1454-1512) —cuyo nombre recibirían posteriormente los territorios recién descubiertos en Occidente—, llegaron a la conclusión de que en el mapa del mundo faltaba un gigantesco continente occidental, que Europa no había llegado ni tan siquiera a imaginar. El objetivo de Colón había sido el de demostrar la existencia de una ruta oceánica occidental directa desde Europa a Asia, y en caso de que sus opiniones geográficas hubiesen sido correctas, Japón estaría aproximadamente donde se encuentra México; y de hecho Colón no llegó a comprender nunca del todo que lo que se había descubierto como consecuencia de sus esfuerzos era realmente un «nuevo mundo». «Nuestro mundo», escribió el ensayista francés del siglo XVI Montaigne, «ha descubierto recientemente otro de dimensiones no inferiores, plenamente habitado, rico y fructífero y de mayor poderío que el nuestro». Los horizontes mentales de los europeos se vieron en último extremo considerablemente ampliados como consecuencia del descubrimiento de América. Y muy pronto ocurriría lo mismo con sus horizontes económicos y políticos. Al descubrimiento seguiría inmediatamente la conquista.

### Las conquistas españolas

Para España, recientemente unida por los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, el Nuevo Mundo ofrecía un atractivo campo para la expansión territorial. La segunda expedición de Colón, a la isla que llamó Española (repartida actualmente entre dos países, la República Dominicana y Haití), constó de diecisiete carabelas que transportaban aproximadamente 1.400 hombres (ninguna mujer), caballos, ganado vacuno, de cerda, herramientas agrícolas y semillas. Se trató probablemente de la mayor aventura colonizadora hasta entonces organizada por cualquier nación europea. Por tanto, las intenciones españolas en América se vieron claras desde el principio. El deseo español de conquistar nuevos territorios tenía profundas raíces. En gran medida se derivaba de la turbulenta historia medieval de la península Ibérica, y en particular de la Reconquista, es decir, la larga lucha de los reyes cristianos (con Castilla siempre en primera línea) para expulsar a los invasores musulmanes que habían derrocado el reino visigodo de España en el año 711. El último reducto musulmán en España, el reino moro de Granada, fue sometido por los Reyes Católicos sólo unos cuantos meses antes de la expedición de Colón.

El culto al honor y a las virtudes marciales —tan conmovedoramente reflejado en los últimos versos del mejor

poema español de todo el siglo XV, las *Coplas* de Jorge Manrique, y tan inmortalmente satirizado posteriormente en la más famosa de todas las obras literarias españolas, *El Quijote*— había alcanzado un gran desarrollo en la España de finales de la Edad Media. Este ideario también proporcionó un vigoroso estímulo psicológico a los conquistadores españoles que a todo lo largo del siglo XVI se abrieron paso y lucharon a través de los gigantes y desconocidos territorios de América.

Al principio, la colonización española se limitó a las principales islas del Caribe, comenzando por la Española (1494), y extendiéndose desde allí a Puerto Rico (1508) y Cuba (1511). Pero eso fue simplemente el preludio de una sucesión asombrosa de conquistas. Del innumerable número de expediciones grandes y pequeñas (en general bastante pequeñas) que penetraron en el continente americano durante las décadas siguientes, dos resultaron especialmente trascendentales, pues provocaron la caída de los dos estados americanos nativos más poblados y avanzados. En 1519 desembarcó en México Hernán Cortés (1485-1547) con unos 600 hombres. Dos años más tarde, la en otros tiempos poderosa confederación azteca se encontraba en ruinas; su rey, Moctezuma II, había muerto; y su hermosa capital, Tenochtitlán, se había visto reducida a servir de cimientos para una nueva ciudad española. Una catástrofe similar le ocurrió al Imperio inca de Perú, conquistado hacia 1530 por Francisco Pizarro (1470-1541) secundado, al menos al principio, por sólo unos 150 hombres. El emperador inca, Atahualpa, fue ajusticiado. Así, en sólo quince años dos grandes sociedades amerindias se vieron devastadas por un puñado de aventureros españoles. Esos terribles acontecimientos fueron los más extraordinarios de todo el siglo XVI, y figuran seguramente entre los más increíbles de toda la historia del mundo.

De los recientemente conquistados México (Nueva España, como le llamaron los españoles) y Perú, partieron expediciones subsidiarias de conquista que penetraron en territorios adyacentes: en el norte de México, en la península de Yucatán, en América Central, en Quito (el «reino septentrional» de los incas), Chile, y lo que es actualmente Bolivia y el noroeste de Argentina. Mientras tanto, expediciones independientes iban incorporando otras áreas de América a un imperio en rápida expansión. Hacia mediados de la década comprendida entre 1530-1540, Gonzalo Jiménez de Quesada (1500-1579), fue avanzando desde la costa del Caribe hasta llegar a las mesetas de lo que actualmente denominamos Colombia (su nombre colonial fue el de Nueva Granada), sometiendo de paso a los distintos reinos chibcha.

ESPAÑA

PORTUGAL

1492-3 Primer viaje de Colón al Caribe

- 1493 La Bula Papal *Inter Caetera* divide el mundo en dos zonas de conquista, colonización y comercio: la española y la portuguesa.
- 1494 Tratado de Tordesillas. España y Portugal ajustan la línea de demarcación hecha por el Papa a una longitud de 370 leguas al oeste de las Azores.

1493-6 Segundo viaje de Colón. Establecimiento de una colonia española en la isla La Española. Fundación de Santo Domingo, la ciudad de lengua española más antigua del hemisferio occidental (1496).

1508-9 Conquista de Puerto Rico por Juan Ponce de León.

1509-13 Se establecen pequeñas colonias en el continente.

1513 Vasco Núñez de Balboa cruza el istmo de Panamá convirtiéndose en el primer europeo que contempló el Pacífico.

1519-21 Conquista de México por Hernán Cortés. Caída de la confederación azteca. Destrucción de Tenochtitlán y fundación de Ciudad de México (1521).

1522 Pascual de Andagoya explora la costa peruana y descubre la existencia del Imperio Inca.

1523-40 Varias expediciones conquistan Yucatán y América Central.

1529 Los Welsers (banqueros de Augsburgo) emprenden la colonización de Venezuela bajo licencia del Emperador Carlos V (Carlos I de España).

1531-5 Conquista de Perú por Francisco Pizarro. Caída del Imperio Inca (1532). Fundación de Lima (1525).

1535 Primer Virreinato de Nueva España (México).

1535-7 Expedición al Río de la Plata por Pedro de Mendoza. Fundación de Buenos Aires (1536) y la colonia de Asunción, Paraguay (1537). Buenos Aires fue abandonada posteriormente (1541).

1536-8 Conquista de los reinos Chibcha de Nueva Granada (actual Colombia) por Gonzalo Jiménez de Quesada. Fundación de Bogotá (1538).

1540-2 Francisco Vázquez de Coronado dirige la expedición (la más importante en ese sentido) a parte de lo que es actualmente Estados Unidos, llegando hasta la actual Kansas.

1540-1 Pedro de Valdivia emprende la conquista de Chile. Fundación de Santiago de Chile (1541).

1542 Las Nuevas Leyes de Indias. Perú designado como Virreinato.

1544-8 Rebelión de los colonos españoles en Perú contra las autoridades españolas.

1550-1 Los Debates de Valladolid.

1567 Fundación de Caracas, Venezuela, por Diego de Losada.

1580 Re-establecimiento («segunda fundación») de Buenos Aires por Juan de Garay y colonos de Asunción, Paraguay.

1500 Pedro Alvares Cabral descubre Brasil en su camino hacia la India.

1500-30 Se establece el comercio del Palo de Brasil en la costa de «terra do brasil» (Tierra del Palo de Brasil).

1532 Colonia portuguesa en São Vicente.

1534 Se introduce el sistema de Capitanías Generales.

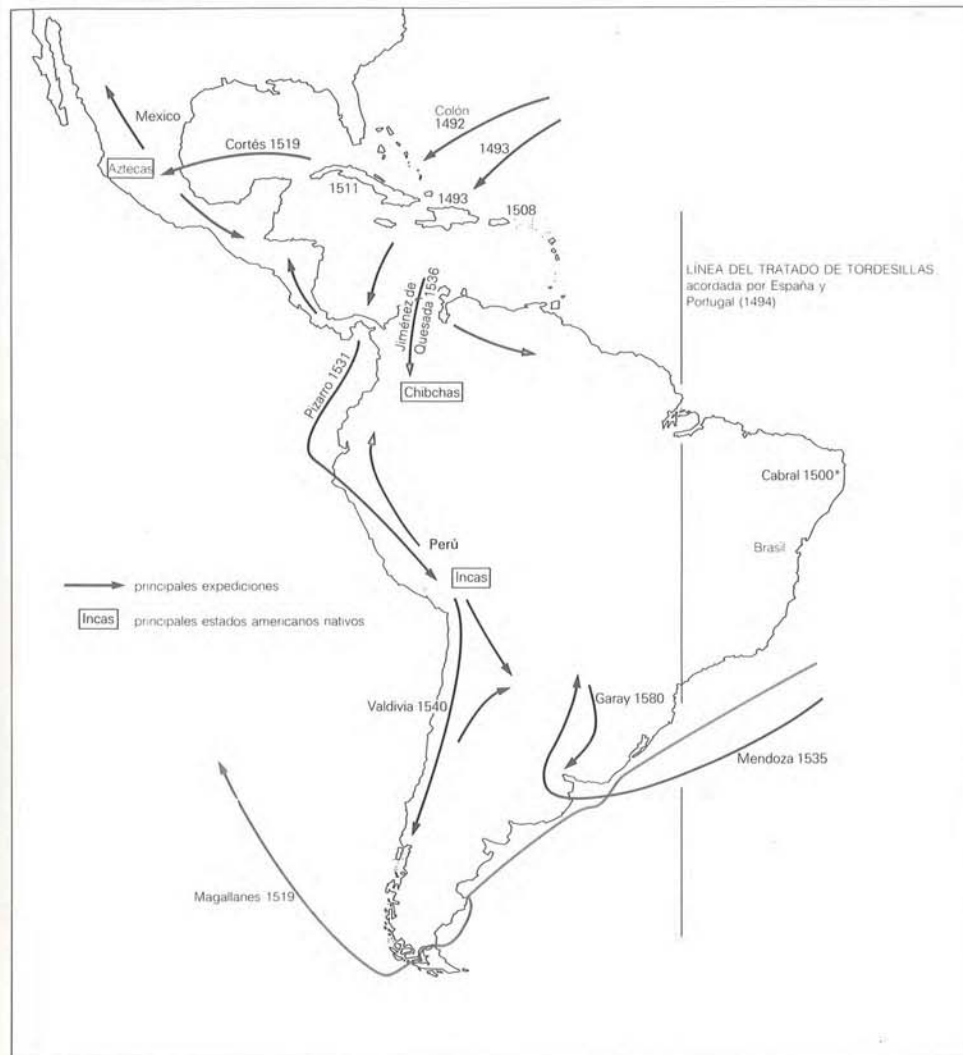
1549 Se designa el primer gobierno general de Brasil con capital en Bahía.

1554 Fundación de São Paulo.

1567 Fundación de Rio de Janeiro

1580-1640 Portugal bajo la corona española.

LA CONQUISTA ESPAÑOLA



Quizá paradójicamente, la expedición más potente organizada en esos años de primeras conquistas, la encabezada por Pedro de Mendoza (1487-1537), que pretendió someter el Río de la Plata en 1535 (y uno de cuyos miembros era hermano de Santa Teresa de Jesús), apenas representó avances territoriales significativos. En dicha región, los indios nómadas de las pampas argentinas contuvieron el avance de los aspirantes a conquistadores y, de momento, las colonizaciones tuvieron que concentrarse en Asunción (Paraguay), a cientos de kilómetros río arriba. De esta modesta base paraguaya partió en 1580 un grupo de colonos que navegó río abajo para reconstruir un puerto español avanzado y anteriormente abandonado, llamado Buenos Aires, que había de convertirse posteriormente en una de las mayores urbes de habla española. Así pues, hacia 1580 estaban ya en su lugar todos los fragmentos más importantes del nuevo imperio americano de España.

La rapidez y dimensiones de las conquistas españolas impresionan siempre a todos los que leen acerca de ellas. Sin embargo, la Corona española, siempre dispuesta a aceptar los frutos de la conquista, desempeñó un papel relativamente pequeño en su organización. Tras las expediciones de Colón, la expansión del imperio ultramarino de España fue en gran medida obra de pequeños grupos privados de aventureros armados, que operaban espontáneamente. Esos grupos recibían invariablemente licencia o autorización de la Corona —o, más adelante, de los agentes de la Corona en América—, pero eran organizados, reclutados y financiados (frecuentemente con dinero prestado) por conquistadores individuales o grupos de conquistadores. En unos momentos en que las tropas españolas participaban activamente en las guerras europeas, no se utilizaron prácticamente soldados regulares, aunque las expediciones contenían frecuentemente una buena proporción de veteranos. De modo similar, en los mares de América apenas hubo navíos de guerra; las expediciones utilizaban cualquier tipo de embarcación que podían encontrar.

El elemento esencial de todas las expediciones (hubo al menos cincuenta, muchas de ellas infructuosas) lo constituía el liderazgo y la motivación. Los líderes eran la mayoría *hidalgos*, es decir, procedían de las últimas filas de la nobleza (sin embargo, uno o dos de ellos, por ejemplo Pizarro, tenían un origen social mucho más humilde). Con frecuencia se trataba de hidalgos sin recursos económicos, deseosos de lograr la forma señorial de vida a que consideraban tener derecho. (Un número desproporcionado de los conquistadores más destacados surgió de Extremadura, región dura y difícil situada al oeste de Castilla). Sus seguidores, la mayoría en cualquier expedición, eran españoles

de clase baja, incluyendo ex-soldados y una amplia variedad de artesanos, muchos de ellos de Andalucía (lo que habría de tener grandes consecuencias en las variantes americanas del castellano). Muchas veces se trataba de hombres turbulentos y difíciles de gobernar; más de un conquistador tuvo que enfrentarse a motines en el transcurso de la expedición y muchos de ellos no lograron sobrevivir a los mismos.

Tanto para los líderes como para sus seguidores, lo más importante de todo eran sus motivaciones. El culto al honor, propio de finales del Medievo, se combinó —en una medida que resulta difícil de precisar— con el celo evangelizador en nombre del Cristianismo y, en la mayoría de los casos, con la simple codicia. Bernal Díaz del Castillo, el valeroso soldado de a pie que posteriormente (en la vejez), escribió un relato ya clásico acerca de la expedición de Hernán Cortés, nos cuenta tranquilamente y sin la menor ironía que tanto él como sus compañeros fueron a México «para servir a Dios y a Su Majestad el Rey, para iluminar a los que estaban en la oscuridad y también para enriquecernos, que era lo que todos nosotros pretendíamos». Al llegar aquí merece la pena recordar que el culto al honor propio de finales del Medievo incluía la idea de que el método más noble de alcanzar la riqueza consistía en *conquistarla*, preferentemente mediante actos de valor (de los que en aquella época se hablaba ampliamente en los Libros de Caballería, un tipo de literatura que alcanzó su máxima popularidad coincidiendo con la conquista de América). De ese modo, los señuelos del honor y la riqueza material im-



Hernán Cortés.

pulsaron a los conquistadores a correr riesgos extraordinarios y a protagonizar verdaderas hazañas de resistencia.

La rapidez con la que se vieron sometidas las grandes civilizaciones nativas americanas resulta ciertamente asombrosa. La superioridad tecnológica de los españoles no basta para explicarla; es indudable que en algunos momentos las armas de fuego les proporcionaron una cierta ventaja, mientras que el caballo (animal desconocido en América) les permitió un considerable grado de movilidad. Sin embargo, el número de sus oponentes indios era siempre muy superior. Está claro que los españoles supieron sacar partido de las divisiones entre los pueblos indígenas: por ejemplo, Hernán Cortés descubrió un pequeño estado indio, Tlaxcala, que se mostraba hostil a los aztecas y se había resistido a dejarse incluir en su confederación de reinos, y la alianza con los tlaxcaltecas constituyó un factor clave para su éxito. De modo similar, en el momento de la llegada de los españoles el Imperio inca acababa de superar una cruenta guerra civil, y Pizarro supo aprovechar adecuadamente esta circunstancia en su conquista de Perú.

No obstante, lo que decidió finalmente el resultado de la conquista fue la feroz determinación (por no decir la inhumanidad) de los conquistadores. La resistencia indígena a la conquista fue en ocasiones enconada, pero siempre desordenada e irregular y sólo en algunas ocasiones duró cierto tiempo (por ejemplo, el gran levantamiento inca que tuvo lugar en Perú en 1536 fue reprimido por los españoles con relativa facilidad). El caso más visible de resistencia fue el que se dio en la «frontera» más meridional de Chile, donde los araucanos mantuvieron su oposición a la dominación europea hasta el siglo XIX. Pero los araucanos se encontraban en el borde de una colonia no demasiado importante. En las zonas vitales del Imperio, al igual que en la mayoría de las otras áreas, la población indígena se vio rápidamente subordinada a la voluntad de sus nuevos señores. Sin embargo, durante todo el período colonial continuaron produciéndose esporádicas rebeliones protagonizadas por los indios.

#### Pautas de colonización

La colonización española en América se centró, y posteriormente se apoyó, en las ciudades. Cuando una expedición conquistaba un territorio, la primera medida de su líder —con todo el ceremonial prescrito— consistía en fundar una población, formalmente una «ciudad», con un cabildo elegido entre los conquistadores, unas calles cuidadosamente trazadas (casi siempre a cordel), y propiedades



Castillo del Morro. La Habana (Cuba).

urbanas distribuidas entre los fundadores de la colonia. Los colonizadores españoles aspiraban a una forma de vida propia de clases altas; en la mayoría de los casos, la mejor forma de conseguirlo era en un marco o entorno urbano. El «núcleo urbano» se convirtió así en un elemento fundamental del imperialismo español.

Casi todas las modernas repúblicas hispanoamericanas cuentan con capitales cuya historia se remonta a más de cuatrocientos años y cuya «fundación» puede atribuirse a un conquistador en concreto. En México, los victoriosos españoles edificaron su capital sobre las ruinas del Tenochtitlán azteca. A modo de contraste, en Perú desdénaron la antigua capital inca de Cuzco, situada en las montañas, y fundaron una nueva capital que —para facilitar las comunicaciones— se encontraba en la costa, Lima. Al principio, estas capitales coloniales fueron sólo asentamientos muy modestos. Pero, dado el deseo de los españoles de gozar de un ambiente urbano adecuado, algunas de las capitales crecieron rápidamente, convirtiéndose en importantes centros de riqueza y poder. En 1580 —año en que se volvió a fundar el puesto avanzado de Buenos Aires— Ciudad de México y Lima eran ya urbes muy respetables para aquella época.

Como es lógico, las ciudades coloniales no crecieron en un vacío económico. Como ya hemos señalado, los españoles llegaron a América con la clara idea de hacerse ricos. Los conquistadores se sintieron especialmente atraídos por el señuelo de los metales preciosos. Cuando el gobernador

de Cuba le ofreció una hacienda, Hernán Cortés replicó: «Vine aquí por oro, no para labrar la tierra como un campesino». En cualquier caso, los colonizadores necesitaban algo que exportar a España. En las primeras etapas de la colonización se buscó oro en los lechos de los ríos de las islas del Caribe. En el continente, la plata fue el metal precioso que se encontró en mayor abundancia. Hacia mediados del siglo XVI se realizaron espectaculares descubrimientos de yacimientos de plata: en 1545 en Potosí, en el Alto Perú (actualmente Bolivia), en 1548 y 1558 en Zacatecas y Guanajuato, en México. A partir de ese momento la extracción de plata se convirtió en un factor importante para la consolidación de las pautas de colonización del imperio español en América. Centros mineros como Potosí se convirtieron en mercados importantes, con un elevado número de habitantes, al tiempo que la necesidad de un transporte seguro y regular de la plata a España contribuyó a determinar la existencia de importantes rutas comerciales entre América y Europa y a conformar el sistema comercial en general.

Pero las minas exigían mano de obra. También había que suministrar alimentos a las ciudades coloniales españolas, en proceso de rápida expansión. Los españoles llevaron a América sus propios gustos alimenticios, que la agricultura india tradicional no podía satisfacer; por lo tanto, los españoles fundaron sus propias explotaciones agrícolas y ganaderas. Las grandes poblaciones nativas que rodeaban a los asentamientos españoles se consideraron como una adecuada fuente de mano de obra tanto para la minería como para la agricultura. La pauta básica de relaciones entre conquistadores y conquistados quedó lamentablemente clara ya en los primeros años de la colonización del Caribe. Los españoles movilizaron la mano de obra india por medio de lo que se llamó *sistema de encomienda*. Según este sistema, grupos de indios, aunque no sus tierras —al menos en teoría—, se «distribuían» entre los colonos, quienes teóricamente debían cristianizarlos y «civilizarlos» (según directrices hispánicas), a cambio de lo cual se beneficiaban de su mano de obra o recibían sus tributos. (A los indios no incluidos en encomiendas se les exigía que pagasen directamente sus tributos a la Corona). Como institución laboral, la encomienda tuvo sobre todo importancia aproximadamente durante el primer siglo de dominio colonial español; pero, durante este período, los colonos abusaron repetidamente del sistema. La opresión y explotación, algunas veces muy crueles, ejercidas sobre los nativos contribuyeron indudablemente al marcado declive demográfico que se produjo en el Nuevo Mundo.

Mientras que la mayoría de los colonos (y especialmen-

te, sin duda alguna, los *encomenderos*, los detentadores de las encomiendas) consideraba aceptable su posición de explotadores, algunos no opinaba así. Numerosos españoles con mala conciencia, especialmente miembros de órdenes religiosas, reaccionaron con fuerza a los abusos que veían a su alrededor y recurrieron a la Corona para que pusiera remedio. El gran dominico fray Bartolomé de Las Casas (1474-1566), que anteriormente había sido él mismo *encomendero*, dedicó la segunda mitad de su larga vida a defender ardientemente los derechos de los amerindios. Pero cuando la Corona adoptó medidas para reducir el alcance del sistema de encomienda con sus nuevas Leyes de Indias (1542), era ya demasiado tarde. La actitud de la Corona, al menos a corto plazo, se vio contrarrestada por la resistencia colonial a la legislación. No obstante, la agitación de eclesiásticos y otros sirvió para que toda la cuestión de la conquista y sus repercusiones sobre la población nativa fuera oficialmente examinada. En 1550 se paralizaron de hecho las nuevas conquistas, mientras que en Valladolid se reunió un grupo de notables abogados y teólogos para celebrar un debate sobre los pros y los contras de las actividades imperiales de España, lo que constituye uno de los episodios más notables en toda la historia del imperialismo. El debate, en el que el padre Las Casas jugó un papel destacado (pronunciando en cierta ocasión un discurso de cinco días de duración), no llegó sin embargo a ninguna conclusión. En cualquier caso, y para entonces, la conquista de los territorios continentales se había completado ya en gran medida.

No obstante, a largo plazo, por loables que fuesen las intenciones de la Corona, apenas se podía hacer nada para aliviar el traumático impacto de la conquista sobre la población nativa. Según la frase mercedamente famosa de W. H. Prescott, el indio se convirtió en «un extraño en la tierra de su padre». Es evidente que la cultura india sobrevivió, al menos a niveles de comunidad local; pero también que se vio sometida a tensiones y presiones sin precedentes. Bajo la encomienda o a través de otros sistemas de trabajos forzados introducidos posteriormente, los indios se vieron obligados a proporcionar mano de obra a sus señores; pero, al mismo tiempo, los recién llegados se iban apoderando poco a poco de sus tierras, aunque hubo que esperar hasta el siglo XVII para que la gran hacienda comenzara a desempeñar su papel como rasgo dominante del mundo rural de la América española —e incluso entonces, buena parte de las tierras siguió en manos de las comunidades indias—. En ocasiones, las comunidades indias se adaptaron bastante bien a las nuevas circunstancias, con un grado de éxito que sólo ahora está empezando a ser reconoci-

do por los historiadores. Otras veces no lo lograron. También, y ocasionalmente, clérigos humanitarios como Vasco de Quiroga (1470-1565), admirador de la *Utopía* de Tomás Moro, intentaron fundar comunidades indias modelo, algo que la orden de los jesuitas sí consiguió en su provincia de Paraguay durante los siglos XVII y XVIII. No obstante, todos estos experimentos apenas contribuyeron a disminuir el impacto global de la conquista.

También conviene recordar que desde el primer momento la simple línea divisoria entre conquistadores y conquistados se vio desdibujada por la confraternización y las consecuencias naturales de la mezcla de razas y continuó durante todo el período colonial. Por su propia naturaleza, la conquista fue una aventura en gran medida masculina; la unión entre españoles e indios fue bastante corriente; en consecuencia, los mestizos (medio españoles, medio indios) aparecieron en escena bastante pronto. Uno de sus primeros representantes más destacados fue el cronista peruano Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), hijo de un conquistador español y de una princesa inca. Algunos conquistadores engendraron docenas y docenas de hijos mestizos. Uno de los conquistadores de Chile, Francisco de Aguirre (1500-1580), reconoció de hecho al menos cincuenta, y afirmó audazmente, para afrenta de la Iglesia, que «el servicio prestado a Dios engendrando mestizos es mayor que el pecado en el que se incurre por hacerlos». La mezcla de razas fue uno de los legados más profundos del período de la conquista, pues no se detuvo y condujo directamente a las sociedades multirraciales que hoy en día pueblan el continente americano.

Portal de la casa de los marqueses de San Juan de Buenavista, construida por los españoles en los cimientos del palacio Inca de la Roca.

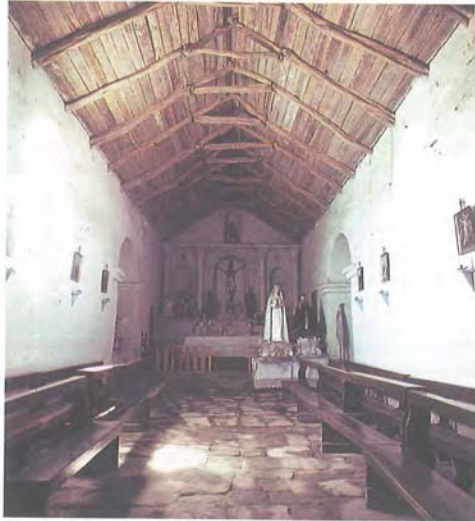


### Fundación de un imperio

La era de los conquistadores fue relativamente breve. La Corona española no tenía la menor intención de permitir que esos hombres fuertes y ambiciosos gobernasen las colonias sin control alguno. Por la misma razón, más adelante limitó el alcance del sistema de encomiendas, temiendo que los *encomenderos* llegaran a convertirse en una poderosa nobleza colonial difícil de controlar. Los conquistadores fueron víctima del absolutismo centralista que los Reyes españoles intentaban consolidar, tanto en la propia España como al otro lado del océano. En todos los territorios recientemente conquistados se impuso rápidamente un marco de instituciones coloniales.

En la propia España, inmediatamente después de la conquista de México, se fundó un consejo real independiente (el Consejo de Indias) para supervisar el gobierno del nuevo imperio. En América, las jurisdicciones políticas y administrativas se vieron prontamente definidas: tanto México (Nueva España) como Perú se vieron convertidos en «Virreinos» en el plazo de una década después de sus respectivas conquistas. En la naciente estructura del gobierno imperial empezaron a ocupar sus puestos los gobernadores españoles, los burócratas y, conviene no olvidarlo, los recaudadores de impuestos. A los conquistadores que todavía quedaban se les dejó de lado, pagándoles algunas veces con títulos o tierras. De ese modo, Hernán Cortés, que había gobernado personalmente México en los años inmediatamente posteriores a su triunfo, se vio gradualmente privado de su poder (aunque no de su riqueza) y lo mismo le ocurrió a Jiménez de Quesada, el conquistador de Nueva Granada, al que se sustituyó por otro gobernador casi tan pronto como completó su conquista. En Perú, los conquistadores se enzarzaron en una guerra civil entre ellos mismos —Pizarro fue asesinado— y se rebelaron brevemente contra las recién llegadas autoridades españolas. Anteriormente el propio Colón se había visto tratado de modo similar; la pauta seguida fue inconfundible desde el primer momento. El imperio español habría de ser un imperio, y no un mosaico de territorios gobernados por poderosos señores de la guerra. (Eso es lo que ocurriría más adelante, después de la independencia.)

También la Iglesia Católica asumió su papel, un papel fundamental en el nuevo marco del Imperio. Generosas concesiones por parte del Papado permitieron a la Corona española un elevado grado de control sobre la Iglesia en América. Muy pronto construyó una adecuada estructura diocesana y parroquial. En 1545, con la creación de las archidiócesis de México, Lima y Santo Domingo, la jerarquía



Iglesia del siglo XVI en Chiu-chiu, Chile.

colonial se independizó de la de España. Las diversas órdenes religiosas (incluyendo la de los jesuitas tras el reconocimiento papal en 1540) estuvieron presentes desde el primer momento en las colonias, mostrándose sumamente activas durante las décadas siguientes (de hecho, los siglos siguientes) en lo que se ha denominado la «conquista espiritual» de las poblaciones nativas: un esfuerzo extraordinariamente tenaz, se juzgue como se juzgue, desde un punto de vista más secular y relativista. La Inquisición española estableció sedes en las dos capitales virreinales en 1570-71. En América no se mostró nunca tan activa como en España, aunque durante el período colonial quemó a unas cien personas en la hoguera.

Tal como se fue desarrollando, el sistema comercial reflejó el deseo español de control y regulación. La Casa de Contratación de Sevilla fue específicamente la primera de las instituciones en crearse, inaugurándose en 1503. Supervisó estrechamente el comercio entre América y España. Con los grandes descubrimientos de yacimientos de plata a mediados del siglo XVI (la producción creció significativamente a partir de 1550), el comercio transatlántico adoptó la forma que habría de conservar durante dos siglos. A partir de entonces se basó en convoyes anuales y regulares de

buques, que partían y tenían como punto de destino un pequeño número de puertos previamente aprobados. Dos grandes flotas partían de España todos los años, una rumbo a México y la otra rumbo al istmo de Panamá y la parte septentrional de América del Sur. En el camino inverso partía un único convoy, que transportaba plata a España. A todo lo largo de la costa del Pacífico de América del Sur funcionaba un sistema subsidiario. A partir de 1570, convoyes regulares entre Acapulco en México y Manila en la colonia asiática recién conquistada por España, las Filipinas, permitieron intercambiar la plata mexicana por las sedas chinas. (Año tras año, el «galeón de Manila» recorrió su solitaria ruta por el Pacífico norte, sin llegar a divisar ni una sola vez las islas Hawaii, que fueron descubiertas por el capitán Cook en 1778).

Hacia 1580, el gigantesco imperio español en América se encontraba en período de franca consolidación. Ya entonces era legendario. Al igual que ha ocurrido con todos los imperialismos que han tenido éxito a lo largo de los siglos, los españoles que gobernaban el Imperio lo veían con orgullo y satisfacción. Es justo señalar que los restantes europeos se quedaron asombrados ante la magnitud de las conquistas españolas en el Nuevo Mundo, asombro que perduró mucho más allá del siglo XVI. Extranjeros inteligentes reflexionaron en ocasiones sobre la estabilidad de dicho imperio, con su elevada población mestiza. Según Francis Bacon, «lo que maravilla de España es cómo puede abarcar y contener dominios tan inmensos con tan pocos españoles nativos». Pero lo que más impresionó a la mayoría de los europeos fueron las simples dimensiones geográficas del imperio español, de manera que, en el siglo XVIII, Samuel Johnson podía todavía preguntarse con sólo un pequeño toque de ironía:

«¿No habrán reservado los cielos, compadeciéndose de los pobres, ningún territorio no hollado, o plaza no descubierta, ninguna isla secreta en el océano infinito, ningún desierto tranquilo, todavía no reclamado por España?»

SC